

ENTRE LOS LIBROS Y LA VIDA

Aún recuerdo aquella mañana lluviosa de invierno, cuando en el mercadillo dominical del libro de viejo una persona me arrebató ante mis propias narices, tres volúmenes de mi tema preferido, que venía buscando desde hacía años. Su título era: *“Las peregrinaciones jacobeanas”* de Luciano Huidobro. Yo era muy madrugador y antes de que acabaran de montar las paradas, ya había dado alguna vuelta. De vez en cuando descubría alguna rareza bibliográfica, que me llevaba a casa como si hubiera encontrado un auténtico tesoro para mi disfrute particular. Era excesivamente celoso con mis adquisiciones y no permitía que nadie osara ni siquiera tocarlas. Aquella mañana, sin embargo, estuve a punto de estallar de rabia y mascullé para mis adentros todos los improperios ante semejante intruso y ladrón. Incluso me atreví a lanzarle alguna mirada amenazadora, para que se diera por enterado. Todo había sido cuestión de segundos. Posiblemente aquel acto frustrado había sido fruto del azar. Hubiera sido mejor no haber presenciado la escena y de esa manera ahorrarme en los próximos días un constante desasosiego. Me veía por las noches, víctima de una pesadilla continua, y todo por una obra que me tenía fascinado desde que conocí su existencia. Totalmente hundido y cabizbajo, decidí marcharme del lugar. Me dirigí al bar de la esquina para almorzar. Estaba a punto de marcharme para casa, cuando de forma casual deslicé mi vista dos mesas más allá. Allí, descubrí, ante mi estupor, mi perdido botín y a mi expoliador. Mi rival estaba desayunando en aquellos precisos instantes y tenía los volúmenes recién adquiridos encima de la mesa. De forma instintiva, en un arranque de valentía y con el objetivo de ahorrarme las previsibles pesadillas, pagué mi consumición y me dirigí hacia aquella mesa:

–Buenos días, perdone; quizá me meta donde no me llamen, pero hace años que vengo buscando la obra que usted ha comprado. Ha tenido la suerte de llegar unos

segundos antes que yo y ahora es suya con todo derecho, pero no deja de ser para mí algo doloroso.

Pensaba que quizá se sentiría molesto por mis comentarios tan directos y me respondería agriamente pero, ante mi sorpresa, me invitó a sentarme y a acompañarle. Después de unos segundos de silencio, que me parecieron eternos, se dirigió a mí en estos términos:

–Yo, igual que usted, también hace años que iba detrás de esta obra.

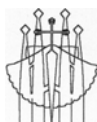
Me dejó ojear sus páginas amablemente y me invitó a que un día fuera a su casa por si me interesaba consultarla. Quedamos para el próximo viernes por la tarde. Esperé ansioso la cita durante toda la semana.

El día indicado, a las cinco de la tarde, me hallaba ante la puerta de su casa. Vivía en un sórdido caserón del centro de la ciudad. Me abrió una vieja ama de llaves, que me hizo pasar a un recibidor. A los pocos instantes salió a recibirme don Basilio, que me llevó a su biblioteca. Ante mi asombro observé estanterías repletas de libros en los cuatro lados de la estancia, que llegaban hasta el techo. Me indicó un sillón donde sentarme, a lo que accedí gustoso.

–Supongo que usted se preguntará de dónde tengo yo esta afición por los libros. En esta habitación hay unos mil volúmenes. Empecé a comprarlos con quince años y ahora tengo más de setenta y cinco. Fui profesor de universidad. En mi larga vida he sufrido muchos avatares y desgracias. Mis amigos hace años que murieron. Mi único refugio ahora son prácticamente los libros. ¡A ellos les debo tantas cosas! Entre sus páginas encuentro ideas y consuelo para soportar lo que para muchos se hace insoportable. Como verá no me interesa un único asunto y en las estanterías hay temas diversos que han reclamado desde siempre mi atención. Pero, por favor, ¿dígame porqué le interesaba tanto esta obra?

–Verá, para mí el Camino de Santiago me hizo nacer de nuevo. Desde unos pocos años que colecciono libros de esta temática, y éste en particular ha llegado a obsesionarme de forma tal, que había soñado más de una vez que lo adquiriría. Quizá haya sido por mi parte una ofuscación enfermiza.

Sé de lo que me está hablando. A mí me pasó algo parecido en mi juventud. Yo



sentía la misma pulsión que le domina a usted. Quería tenerlo todo sobre un tema, aunque no tuviera tiempo para leerlo. Gozaba con la posesión física del libro, independientemente de su contenido. Hace algunos años empecé a desprenderme de varios cientos de libros, no porque no me pudieran aportar algo, sino porque no los consideraba esenciales. Estos volúmenes que hemos codiciado durante años usted y yo son, sin duda, una obra esencial. Los he estado ojeando esta semana y, si usted me lo permite y debido a que compartimos una afición parecida, tengo el gusto de ofrecérselos.

—Por favor, pienso que es demasiado generoso por su parte.

—Nada de eso, para mí es un placer. Los libros son transmisores de ideas, y es algo que aprendí de un viejo maestro. El préstamo, intercambio y regalo de libros a personas con quien compartimos intereses comunes, tendría que ser algo habitual. Quizá, las ideas que contienen este libro, le pueden aportar alguna clave para usted desconocida.

—Está en lo cierto, amigo, pero le debo confesar que lo único que me obsesionaba era su tenencia y contemplación personal. Ahora que usted me lo ofrece, puedo asegurarle que me deja del todo desarmado. En todo caso, lo único que puedo aceptarle es que me lo preste durante unos días y luego se lo devolveré.

—Ese libro es para usted y no debe agradecerme. Lo único que me gustaría es poder contar con su amistad. Además, soy consciente que no me quedan muchos años de vida, y que no me llevaré ninguno al otro mundo. En principio, he legado mis libros a la Biblioteca de la Universidad, porque no tengo hijos. A mis familiares lejanos no les interesan y muy probablemente los darían al traperero o a algún avispado librero que pagaría por ellos una miseria. Ahora bien, si usted es estudioso del tema, le ofrezco mis libros sobre el Camino de Santiago, que rondan alrededor de los quinientos.

—Por favor, no me confunda. No soy un investigador. Tan sólo he escrito algunos artículos sobre el tema sin ninguna pretensión erudita.

—Para mí, ya es suficiente. Yo he disfrutado con mis libros durante bastantes años. Sé que estarán en buenas manos. Y cuando usted sea un anciano, probablemente, tendrá un encuentro casual como el nuestro, y cederá gustoso su biblioteca a algún joven

inquieto.

—Me deja del todo perplejo. Nunca hubiera imaginado encontrarme con una persona así. Me gustaría que primero me hablara de sus libros: cómo los consiguió, qué aprendió de ellos. También desearía, igual que usted, que fuéramos amigos.

Cada semana y durante unos tres años acudía Diego a visitar a Don Basilio, el antiguo profesor. Entre ellos se desarrolló una espontánea y sincera amistad. Hablaban de muchas cosas, pero sobre todo del Camino de Santiago. Un día, cuando estaba a punto de cumplir los ochenta años, le confesó a Diego:

—Mira, amigo Diego, siento que la carrera de mis días se va acercando a su fin. Los médicos me han dicho que mi enfermedad es irreversible. Estos últimos años has sido mi mejor amigo y nuestras conversaciones me han rejuvenecido. En este sobre que te entrego hay una copia de mi testamento, en el cual dejo establecido que te lego todos mis libros del Camino de Santiago.

A Diego se le saltaban las lágrimas. Se quedó mudo. Ya no le interesaban los libros, sino todo lo que había aprendido en su compañía. Pensó que el mejor regalo que había recibido era su amistad y sabiduría. Para él, era algo difícil de expresar lo que sentía por aquel vejete tan entrañable.

Efectivamente, a los pocos días, don Basilio fue ingresado en el hospital. Ya no volvió a su casa. Durante dos semanas don Diego acudía todas las tardes a visitarlo unas horas y continuaban charlando como si el cambio de escenario no tuviera mayor importancia para ellos. A pesar del sufrimiento que lo iba consumiendo por dentro, su cara mostraba una gran serenidad. El día previo a su muerte, le dijo a Diego:

—Es mi último deseo que mis cenizas sean esparcidas en mi tierra natal leonesa, junto a algún tramo del camino jacobeo. Hasta siempre amigo y gracias por tu amistad.

—He aprendido de ti muchas cosas, pero sobre todo que la vida es un libro vivo. Tú me has enseñado que los libros sin la vida no sirven para mucho. Gracias amigo. Nunca te olvidaré.

Y se fundieron en un largo y afectuoso abrazo de eterna despedida.

José Luis Bronchal Monge

